



REVISTA DE INSTRUCCIÓN, MORAL Y RECREO

DIRIGIDA POR

DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

En Madrid, 6 pesetas trimestre. — En Provincias, Extranjero y Ultramar, 7,50 pesetas.

SUMARIO

I. Conferencia infantil. — II. La flor querida y las flores olvidadas. — III. La Cruz en que murió Jesucristo. — IV. La peña y la rosa. — V. Costumbres cristianas: El agua bendita: Sábado de gloria. — VI. A Jesús crucificado. — VII. La rosa y la zarza. — VIII. Los pecados capitales. — IX. A un amigo en la muerte de su hija. — X. El Eco. — XI. El viejo labrador y el joven científico. — XII. Para los niños de los Jardines de la Infancia. — XIII. Balada. — XIV. Indivinió, el niño saguntino.

CONFERENCIA INFANTIL

AL dirigirme á vosotros, mis queridos infantiles suscritores de LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS, me anima el ferviente deseo de explicaros en breves frases lo necesario que es la educación en esa primera edad en que la razón empieza iluminando con sus primeros destellos vuestra inteligencia, como ilumina el sol con sus poderosos rayos el Universo sumido momentos antes en la más densa oscuridad, y al terminar mi disertación espero habreis de quedar convencidos de la diferencia que entre la educación y la instrucción existe, considerando la primera como el indispensable y necesario ropaje que cubre la desnudez del cuerpo, y la segunda cual si fueran

las suntuosas galas que adornan y enriquecen la inteligencia.

Prestadme un momento de atención, y de este modo cumpliremos ambos uno de los más sagrados deberes, cual es aprender lo que no sabeis y enseñaros lo que ignorais.

Son muchos los que dan crédito á una en mi concepto insigne vulgaridad, creyendo de buena fe que la educación estriba en saber diferentes y complicadas ciencias, ó por el contrario, en practicar estrictamente esos preceptos reglamentarios de ciertos actos que se conocen con el nombre de *Reglas de urbanidad*; error craso que confunde dos cosas que son perfectamente distintas. Educar á un niño es hacerle subir á la altura del hombre; todos los hombres no son instruidos, y por eso no dejan de ser hombres tomando la palabra en su verdadero sentido. Puede concebirse muy bien un pueblo donde la instrucción está elevada al más alto grado, y gire y viva en todas las esferas sociales; sin embargo, ese pueblo puede no tener el menor asomo de educación, vivir en la barbarie, abyecto, envilecido, ser un sol

sin luz, una flor sin aroma, un río sin corriente, un abismo cuyo borde es frondoso, fértil y encantador, y su fondo oscuro, triste, árido y seco. Instruir es dar vida á la inteligencia, educar es dársela á la razón, confundir ambos extremos es oscurecer lo claro, y en vez de escribir, borrar. Toda afirmación necesita una prueba, y no he dejar de dárosla y cumplida, empezando por un ejemplo que esté á vuestro alcance. Cuántas veces encontrareis entre vuestros compañeros uno que sobresale por su precoz ingenio, al que da su clara inteligencia un lugar preferente en la clase por sus raros conocimientos históricos, matemáticos, físicos, naturales, filosóficos, que es, en fin, un fenómeno cuya inteligencia abarca todos los ramos del saber; pues bien, preguntadle: ¿qué es el hombre? ¿para qué vive? ¿cuál es su fin? ¿qué opina de la sociedad en que se agita? ¿qué derechos y qué deberes se impone? ¿qué relaciones debe tener con sus semejantes? Y si tiene una educación sólida y perfecta, sin apelar á los libros os contestará, sin detenerse un solo instante, que el hombre, no sólo es un sér inteligente y libre, sino también social; nacido

por esta circunstancia que le es inherente, para vivir en sociedad, dentro de la cual se desarrollan sus facultades intelectuales y morales, idea que debe quedar grabada eternamente en vuestra memoria y en vuestro corazón, porque de ella se desprenden como consecuencias precisas y necesarias: Primera, que como ser comunicativo por naturaleza, sus acciones, sus actos y sus costumbres deben estar en perfecta consonancia y completa armonía con la de los demás hombres que forman el conjunto sociable armónico del pueblo, aldea, nación ó estado, en la que vive formando un equilibrio constante su libertad propia y legítima con la de la sociedad. Segunda, que debeis desechar por absurda, inverosímil é ilógica toda hipótesis ó bastarda creencia que tienda á persuadirlos de que el desarrollo del hombre está regido por la misma fuerza que se supone regir á todos los seres inferiores á él. Tercera, esos seres á que nos referimos, ó sean los pertenecientes á los reinos mineral, vegetal y animal, se desarrollan por sí mismo en virtud de una evolución que, como dice un eminente orador católico, pudiera llamarse fatal. El mineral, por ejemplo, sigue la ley de su atracción; el vegetal busca su sávia, y el animal sigue á su instinto, y esto le basta para su crecimiento y perfección; debiendo tener muy en cuenta que, respecto á los individuos del tercer reino de la naturaleza que acabo de incluir, cuando la mano y la inteligencia del hombre los dirige y domestica, no los educa, como erróneamente se cree, sino los domina para hacerlos más dóciles á su voluntad, y más útiles para su servicio. Cuarta, el hombre, por el contrario, necesita de una acción exterior ó interior propia ó ajena que le complete; acción que, libremente ejercida y libremente aceptada, es condición de su normal desarrollo.

De lo dicho se desprende, mis queridos amigos, que vosotros sois seres inteligentes para descubrir el ideal de nuestra perfección humana; libres para alcanzarlos, y que, como sois comunicativos y sociales, necesitáis de otros seres de iguales condiciones é idénticos caracteres que os conduzcan por la senda de la vida al camino del ideal para que todos fuimos creados, realizando de este modo el gran pensamiento de que la buena educación es la prenda más segura de la felicidad de un buen estado.

Vosotros direis: y esa educación de que hemos de ser objeto en nuestros primeros años, ¿no procede de las ciencias que constituyen el humano saber? No; esa pura y bienhechora sávia que ha de purificar vuestro corazón y desarrollar vuestro entendimiento, se desprende de los labios de un preceptor virtuoso, de una madre cariñosa que encierra en su alma los tesoros de una arraigada virtud, de un ca-

riño maternal, de un amor vivificante, manantial de heroicos sufrimientos, pluma divina que escribe en nuestra alma los más preciosos ejemplos, las más hermosas máximas, que han de ser el faro que guíe nuestros pasos, y enderece nuestra razón por el camino tortuoso de la vida.

El amor maternal, hijos míos, *es lo que el sol á la rosa para abrirla: no tiene más que mirarla*; frase sublime que encierra un gran pensamiento y una irrefutable verdad; las madres con su ejemplo, con sus cariñosas frases, con sus siempre dulces reprensiones, con su grata sonrisa, con sus puras lágrimas y con sus amantes besos, son los más sinceros maestros de la infancia; y meciéndonos en su regazo, acariciando nuestros blondos cabellos, reflejando su mirada en la nuestra, consolando nuestras penas, gozando en nuestra ventura, callándonos lo que debíamos ignorar, enseñándonos lo que debemos saber, haciendo lo que se debe hacer, y no practicando lo que la razón rechaza, nos dicen repitiendo las palabras de Mad. de Genlis: *La educación propende á que el amor de sí mismo no ahogue el amor del prójimo*.

Los padres, esos dos seres que nos reciben al nacer, los primeros y más fieles é invariables amigos que contemplan nuestros ojos y admiran nuestra razón en la aurora de nuestra vida, nos dan los tesoros de un amor sin mancha, de una abnegación sin límites, un heroísmo sin ejemplo, y en la espontánea manifestación de sus paternos afectos notamos una marcada diferencia, hija de sus condiciones innatas. El padre aspira á colocarnos en el trono del saber, de la ciencia, de los honores merecidos, de las justas distinciones á que se hace acreedora una inteligencia adornada de la más justa instrucción, producto de un trabajo incesante. La madre nos enseña la manera de sostenernos en ese trono practicando la virtud, enseñándonos á sufrir, á no despreciar al humilde, á respetar al anciano, á querer al prójimo tendiendo una mano al menesteroso, consolando al que llora, auxiliando al que sufre, desarraiga de nuestra alma la envidia para sembrar en ella la caridad, para que la humildad venza á la soberbia, la paciencia á la ira, la templanza á la gula, el amor á la venganza, la virtud al vicio.

El hombre admira el saber, la ciencia; el valor conduce á la inmortalidad; la mujer dice con sencilla frase y puro acento: *La educación fundada en el respeto, engrandece los pueblos elevando las almas; la fundada en el menosprecio, envilece los hombres y degrada las sociedades*.

Llegará un día, día de prueba para vuestra inteligencia y vuestro corazón, en el que os arrojen del envidiado sόlio que conquistaron vuestros justos merecimientos; entonces vues-

tros labios, á impulso del orgullo lacerado, del amor propio herido, gritarán venganza. Pero escuchad un momento á vuestro corazón, y él repetirá las santas palabras que una madre cariñosa os repetía en los primeros albores de vuestra existencia. Si el que te suceda en el puesto que ocupas, hijo mío, llega á él por las justas leyes de que todo en el mundo es perecedero, y porque sus méritos y condiciones excedan á los tuyos, respétale; si te le usurpa él por malas artes y reprobados medios, compadécele; si en medio de la aflicción y la pena que tan grande contrariedad te ocasiona, se vuelven contra tí los que te alabaron y pagan tus beneficios con la ingratitud y el desprecio, no te vengues, que no está bien. Mira al cielo: detrás de su azulado espacio, rico manto sembrado de estrellas, se oculta un Dios que consuela y calma las penas del que en Él confía y en Él cree, que premia y castiga, y no olvides que un Mártir inocente espera en el Gólgota y una Madre llora al pié de la Cruz.

La base fundamental de la educación que he tratado de explicaros es la moral cristiana, que debió desenvolverse en la moral general que une y adapta todos los elementos del cuerpo social, marcándoles de una manera fija y determinada su esfera de acción, dentro de la que cada cual debe dirigirse al fin para que fué creado, á la realización de su ideal humano y divino, sin establecer un fatal y pernicioso antagonismo entre sus semejantes, sino respetándose á sí mismo respetando á los demás, practicando esas reglas invariables de la moral y del derecho universal, que se funden en los rectos principios de una eterna justicia que marque nuestros deberes, derechos y obligaciones, enseñándonos á desenvolver nuestras facultades morales é intelectuales, en beneficio de la humanidad entera, teniéndolos siempre impresos en nuestra memoria, y grabada al mismo tiempo la máxima evangélica que nos exhorta á *no querer para el prójimo lo que no queremos para nosotros*, escrita en todos los Códigos y compatible con todas las ideas, en todas las sectas y recibidas por todos los dogmas; y cuando esta educación sea patrimonio de la juventud, la instrucción podrá complementarse, pero nunca será ni la base fundamental del progreso y de la cultura de los pueblos civilizados.

He terminado; antes de que mis labios se cierren, me resta suplicaros no olvideis estas frases, nacidas, no de una fecunda inteligencia, sino de un corazón sensible, que alienta y vive al suave ambiente del deseo constante de sembrar en vuestros espíritus los gérmenes de una recta conciencia; medita sobre ellas, y quizá, cuando el tiempo haya borrado mi humilde nombre del libro de la vida, le recordareis, no para dedicarle el recuerdo que se consagra á los

hombres eminentes, sino la expresión de gratitud que se envía á los que saben sentir, prever y llorar; que una lágrima es la página más hermosa que se imprime en el libro de la juventud, la que más dice, la que más se graba, la que nunca se olvida; la que corrige y enseña sin enrojecer el semblante, y abre la inteligencia y purifica el alma. He dicho.

RAMIRO MARTINEZ APARICIO.

LA FLOR QUERIDA Y LAS FLORES OLVIDADAS

FÁBULA

En bello jardín florido,
tierna niña, candorosa,
dice á una Violeta hermosa
con cariñoso sentido:

—Yo te adoro, hermosa flor,
me embriaga tu perfume;
mas tu desden me consume;
me enloquece tu rencor.

Cuando me acerco á besarte
te cierras ante mis ojos;
díme, flor, ¿sientes enojos
por quien vive para amarte?

¿En qué te he ofendido yo
que burlas mi frenesí?
dímelo, Violeta, dí.—
Y la flor le contestó:

—Tú has mustiado sin piedad
con tus besos á otras flores;
y al verlas ya sin colores,
mostrando tu falsedad
olvidaste sus favores.

Con afán no comprendido
las has del tallo arrancado,
tus sienes han adornado,
y luego á un eterno olvido
á todas has entregado.

¿Cómo, pues, me han de halagar
tus engañosas caricias?
Pues que hallo aquí mis delicias,
déjame de ellas gozar.—

—Es verdad; como á tí, igual
á otras flores admiré,
con mis besos las ajé;
y sin ver que hacía mal,
sin piedad las arrojé.

Hoy en mi estancia esparcidas,
por mi misma pisoteadas,
yacen ya descoloridas
las flores ayer queridas,
y hoy del sol hasta olvidadas.

Adios, pues, virtuosa flor,
ejemplo de la inocencia;
derrama tu rica esencia,
virtud, pureza y amor.

Las olvidadas flores,
pues dejáronse ajar,
del sol los resplandores
no pudieron gozar.

Mientras la flor querida
guardó su juventud,
el sol la daba vida:
¡cuán bella es la virtud!

MARÍA MARTÍ.

LA CRUZ EN QUE MURIÓ JESUCRISTO



oy á referiros, infantiles lectores, una narración curiosa que allá por los tiempos en que yo era niño, como vosotros lo sois ahora, escuché de los labios de un bondadoso misionero.

Es la tal narración interesante en extremo, por lo que no dudo habrá de agradaros, y una prueba más, acabada é inconcusa, de lo inescrutables que son los designios del Todopoderoso. Prestadme atención.

Ya recordareis que en el Paraíso hubo un árbol conocido con el nombre de *árbol de la ciencia del bien y del mal*, y que de éste arrancó Eva la manzana que comió, y de la que dió á comer á Adán á virtud de los seductores halagos de la serpiente, é infringiendo así el mandato del Hacedor Supremo, que les prohibió probar la fruta del árbol referido.

A poco de haber cometido nuestros primeros padres el pecado original, del que sólo podía redimir al hombre el Mesías, hubo una tempestad horrorosa en el Paraíso, y á consecuencia del furioso huracán que se desencadenara, el árbol de la ciencia del bien y del mal fué arrancado de raíz y arrastrado por las corrientes al fondo de un abismo.

Cuando el Diluvio universal dicho árbol flotó sobre las aguas, hasta que al descender éstas se posó al pié de un monte que despues se llamó *monte de las Calaveras ó monte Calvario*, y cerca de donde más tarde había de fundarse Jerusalem.

Lo robusto y grande del tronco excitó más de una vez el deseo de utilizarle para la construcción de algunos edificios, y de manera principal á los fundadores de la capital de la Judea, después á los arquitectos encargados por Salomón de la edificación del templo, y últimamente en tiempo de Zorobabel, al pretender levantar el segundo.

Una circunstancia notóse siempre en el tronco del árbol tradicional, y que no deja de ser digna de aprecio y nota. Cuantas veces se había intentado utilizar el ennegrecido tronco hubo que desistir de tal empeño, pues el grado de dureza que presentaba hacía mellar todos los instrumentos que para cortarle se empleaban, así como saltar los dientes de todas las sierras, aun de las mejor templadas.

¡Particularidad extraña de la que se hicieron los más opuestos comentarios, y sobre la que versaban no poco misteriosas relaciones y encontrados juicios!

Indudablemente el *árbol inviolable*, como se le denominaba, debía tener por su misma condición especial un uso determinado, un empleo concreto. Y ese empleo y ese uso llegó á tenerle, y cumplido, según vereis, lectores apreciables.

Las profecías iban á realizarse; la obra de la redención del hombre estaba próxima á terminar; Jesucristo había sido condenado á muerte.

Un carpintero recibe la orden de preparar la cruz en que el Nazareno ha de exhalar el último suspiro como término de su misión salvadora. Extraño al país no conoce el obrero la tradición del tronco, y en su afán de procu-

rarse algún rendimiento más, trata de utilizarle para formar la cruz. El madero que en tan repetidas ocasiones había resistido al filo de las más cortantes herramientas, cede en su dureza y se presta dócil á que se realice el deseo del artífice en este caso.

¡Misteriosa coincidencia!

El árbol de la ciencia del bien y del mal, que unos cuatro mil años antes sostuviera la fruta prohibida, causa del original pecado, iba á sostener tras un tan largo periodo de tiempo, y como árbol de la cruz, el cuerpo del Redentor de la falta cometida por nuestros primeros padres al comer de aquella fruta.

¡Contraste singular!

El tronco que rodeó la serpiente y movió con sus seductoras frases la ambición de Eva, dispuesto para que en él muriese crucificado el Mesías prometido, que había de lavar con su sangre preciosa la mancha que cayera sobre el género humano á virtud de esa misma ambición.

¡Circunstancia rara!

El leño que escuchó las fascinadoras palabras del demonio bajo la forma de reptil al excitar á la primera mujer á la desobediencia y á la rebeldía, escuchó también las cariñosas y dulces del Hijo de Dios hecho hombre, pidiendo perdón para sus enemigos y verdugos al borrar con su último aliento las huellas de aquel acto de rebeldía y desobediencia!

¿No es verdad, apreciables lectores, que cúmulo tal de particularidades, como las que la narración nos ofrece, son en extremo acreedoras á que sobre ellas meditemos?

«Conservadla, pues, en la memoria, cual yo la conservo, como una prueba indudable é inconcusa de lo inescrutables que son los designios de la Providencia.»

Así nos aconsejó á cuantos se la oímos el bondadoso misionero que en una tarde de Cuaresma nos hizo gracia de la narración que os he referido acerca del origen del madero que sirvió para hacer la cruz en que había de morir el Redentor de la humanidad.

GREGORIO BARRAGAN.

LA PEÑA Y LA ROSA

FÁBULA

Dijo la Peña: «¡Qué hermosa!

¡qué vivísimos olores!

¡oh, cuán bellas son las flores!

¡Qué envidia te tengo, Rosa!»

Y la Rosa respondió:

«No envidies mis tintas rojas,

ni envidies mis verdes hojas,

porque vales más que yo;

tú eres muy fea y muy dura,

y yo soy muy tierna y bella,

pero es bien triste mi estrella

á pesar de mi hermosura;

y yo, aunque muy codiciada,

viviré un día no más,

y tú siempre vivirás

ni envidiosa ni envidiada.»

VENTURA MAYORGA.

GRABADO

COSTUMBRES CRISTIANAS

EL AGUA BENDITA. — SÁBADO DE GLORIA

Cuando al cantarse el *Gloria in excelsis Deo* en los oficios del Sábado Santo, cuya tradicional costumbre de la Iglesia coincide con la hora de las diez de la mañana de dicho día, y se corre el manto negro que cubre los altares, se voltean las campanas, se tocan las esquilas, aparecen los retablos con luces numerosas, suena el órgano de nuevo y cambian los sacerdotes sus vestiduras moradas de pena, por las blancas de alegría, presentan los templos un aspecto solemnísimo y conmovedor en alto grado.

La súbita transformación que se opera al recordar la Resurrección de Aquel que muriera en el Gólgota por salvar al hombre, enciende en las almas el entusiasmo religioso y se entona el ¡*Aleluya!* con regocijo y fervor.

En muchos pueblos de España, los mayor-domos de las parroquias distribuyen desde el coro estampas, laminas y cromos referentes á la sagrada Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo y vida de los Santos, apenas da principio la misa de Gloria.

Los niños y niñas son los héroes de estas fiestas; pues afanosos por adquirir un buen surtido de aquellos dibujos, no llevan á mal ver realizado su deseo aunque sea á trueque de algun coscorrón.

También es costumbre, y antigua en verdad, que al bendecir el agua para llenar de nuevo las pilas instaladas á la entrada de las iglesias, vayan los fieles á proveerse con su jarrita de ese agua bendita, cuya cristiana costumbre inspiró el cuadro que representa el grabado que vereis frente por frente á estas líneas.

Y como en la ceremonia de las estampas son en ésta los niños y niñas á la vez los héroes, llena de júbilo mirar con qué diligencia acuden al templo á proveerse en las pilas, y vuelven á sus casas contentos y gozosos si el viaje tiene feliz término, que no siempre ocurre.

Unas veces por el propio atolondramiento, por el ajeno otras, bien por *fas* ó bien por *nefas*, ya por un descuido ó ya por una imprudencia, acontece á menudo que la vasija se rompe y el agua bendita se vierte, resultando sin realizar el objeto pretendido.

Y ¿qué objeto puede ser ése? preguntará acaso el curiosillo lector. Vamos á contestarle para que no lo ignore.

Hay en muchas poblaciones la piadosa costumbre de no ya sólo llenar las pilas que se tienen en las cabeceras de la cama con el agua bendita en el Sábado Santo, sino rociar con ella las paredes de los dormitorios, é impetrar por este medio la protección divina para el disfrute de la mejor salud.

Y á más de esa costumbre piadosa, hay la triste predicción de que si la jarrita fracasa algún mal cercano rodea á la familia, por lo que estos percances producen la amargura que es de suponer.

Como de creencia tal son enteradas las criaturas al enviarles sus madres al templo por

el agua bendita, de ahí el hondo pesar que aflige á ese niño á quien se le rompió la vasija apenas disponíase á salir de la iglesia, y de ahí también el cuidado de esos otros por evitar les ocurra accidente igual.

Esta costumbre del sábado de gloria va perdiendo su interés y olvidándose su práctica en las grandes capitales, si bien en los pueblos y aldeas de pocos vecinos se continúa observando con la propia sinceridad de los pasados tiempos, y más especialmente en las de Castilla la Vieja, provincias vascongadas, Galicia, Asturias y León.

Cuando nosotros hemos tenido ocasión de presenciar la costumbre de referencia, y ver el fervor con que la mayor parte de los niños la cumplían, nuestra alma se holgaba y nuestro entusiasmo religioso renacía con más fuerza al calor del ejemplo infantil que se nos presentaba ante los ojos.

Así, pues, amigos lectores, no olvideis ninguna de esas prácticas cristianas que tan bien sientan en toda criatura, ya que en ellas encontrareis tranquilidad para el espíritu, regocijo para el corazón y calma para la conciencia, como lo encuentra siempre el hombre que cumple con exactitud sus deberes todos.

G. B.

Á JESÚS CRUCIFICADO

¡Oh Jesús! Dulce Señor,
Que dejar quisiste el Cielo
Para descender al suelo
A salvar al pecador.

Tú que quisiste pasar
Por una Pasión tan larga,
Que de asombro nos embarga
En ella al considerar;

Dura, cruenta Pasión,
A cuyo recuerdo santo
De los ojos brota el llanto
Que sube del corazón:

Tú, en fin, que por darnos luz,
Y por redimir al mundo,
Quisiste en tu amor profundo
Espirar en una cruz:

Pues tanto sufriste aquí
De Adán por la descendencia,
Implorando tu clemencia
Acudimos hoy á Tí.

Otórganos tu piedad,
Tu misericordia y gracia
En esta dura desgracia,
Que aflige á la humanidad.

De Cielo y Tierra Señor,
Tú, con tu poder divino,
Alúmbranos el camino
Que conduce hasta tu amor.

Dígnate ahora escuchar
Nuestro fervoroso ruego,
Para que con santo fuego
Te podamos adorar.

Vuelve, Jesús, hacia aquí
Una mirada clemente,
Y oye la súplica ardiente
Que hoy alzamos hasta Tí.

CARMEN PRAT TORRAS.

LA ROSA Y LA ZARZA

(FÁBULA)

Murmuraba impaciente
una Rosa naciente
del cautiverio duro que sufría,
porque una Zarza espesa la tenía
con sus punzantes vástagos cercada.

—Yo (sin cesar decía),
yo no disfruto aquí ni sé de nada:
sin un rayo de sol, tasado el aire,
desperdicio, de todos ignorada,
y entre espinas incómodas reclusa,
mi fragancia, colores y donaire.

La Zarza respondió: — Joven ilusa,
tu previsión escasa
del bien que te hago sin razón me acusa.
Bajo mis ramas á cubierto vives
del sol canicular que nos abrasa;
el golpe no recibes
del granizo cruel que nos deshoja:
y ese muro de espinas que te enoja,
defiende tu hermosura
de que una mano rústica la coja.
La flor entonces, de despecho roja.
—¡Mal haya (replicó) la ruin cordura,
que de riesgos que no hay tiembla y se apura.
No fué la maldición echada en vano.

A los pocos momentos un villano
llega con la cortante podadera:
la despiadada mano
descarga en el zarzal; hiere, destroza,
y tan completamente me la roza,
que ni un retoño le dejó siquiera.
Poco de la catástrofe se duele,
persuadida la Rosa de que gana,
quedándose sin aya que la cele.
Descansa en paz la rígida guardiana.
¡Qué feliz su discípula es ahora!
bañada en el relente de la aurora,
descoje con orgullo
su tierno y odorífero capullo:
princesa de las flores
la proclaman los pájaros cantores.
Pero el viento la empolva y la molesta,
sol picante la tuesta,
la ensucia el caracol impertinente
con pegajosa baba,
y apenas se la enjuga,
cuando voraz la oruga
su venenoso diente
una vez y otra vez en ella clava.
Se descolora la infeliz, se arruga,
y una ráfaga recia de solano
desparramó sus hojas por el llano.

Es el recogimiento
condición de las jóvenes precisa:
falta en la mocedad conocimiento
del suelo que se pisa.

La niña que, imprudente,
sola y sin guía recorrer intente
la senda de la vida peligrosa,
tema la suerte de la indócil Rosa.

JUAN E. HARTZENBUCH.



COSTUMBRES CRISTIANAS.



EL AGUA BENDITA (Sábado de gloria).

LOS PECADOS CAPITALES

(INTRODUCCION)

DON PEPITO



ARA solemnizar el reparto de premios en el exámen de semestre del año pasado en uno de los excelentes colegios que hay en Madrid, las familias de los niños concurrentes al colegio habían recibido la siguiente invitación:

«.....Concluido el acto de repartir los premios, el alumno Angel y su amigo Don Pepito harán una exposición al respetable auditorio sobre la fealdad y tristes efectos que producen los PECADOS CAPITALES, seguida inmediatamente de otra en que se prueba la eficacia de las VIRTUDES señaladas para corregirlos.»

Atraídas por tan pomposo anuncio, el grandioso salon-escuela del colegio apenas si bastaba para contener el gran número de personas que le llenaba, todas impacientes por que los dos personajes mencionados, conocidos y queridos de los alumnos, diesen principio á sus asombrosos ejercicios.

Antes de que nosotros los presentemos en escena, como es muy posible que nuestros lectores no hayan tenido el gusto de conocer á tan importantes caballeros, nos vamos á permitir contar sucintamente su historia, remontándonos para ello dos años atrás del momento en que los ponemos en acción.

En una de las buhardillas de la casa donde se halla instalado el colegio vivía Angel, niño de unos nueve años de edad, en compañía de su madre, viuda y pobre lavandera, que á duras penas y con asídúo trabajo podía atender á sus necesidades y á las de su hijo. Magdalena, que así se llamaba la pobre mujer, era la lavandera del colegio, y con este motivo no necesitó hacer grandes esfuerzos para que su vecino, el bondadoso Director de él, admitiera á Angel en su escuela como alumno externo y completamente gratis.

No tuvo que arrepentirse este señor de la protección dispensada al hijo de la lavandera; pues Angel poseía todas la buenas prendas de carácter que hacen á un niño querido de sus compañeros y apreciado de sus maestros. Servicial con los pequeñitos para prestarles instantáneamente toda clase de servicios, mediador en los altercados de los mayores, y enemigo de acusar á sus compañeros, éstos le adoraban, al paso que por su veracidad, constancia en el estudio y deseos de aprender era el modelo de los niños dóciles y aplicados.

A poco tiempo de haber ingresado en el colegio, en una crudísima tarde de Enero el niño volvía á su casa con un talego de ropa, cuando fijó su atención en un pobre perro chiquitín y muy lanudo, aunque muy sucio, que en el tragaluz de un sótano se disponía, todo temblando de hambre y de frío, á acurrucarse y pasar allí la noche.

El buen niño se estremeció al contemplar el desamparo del animalito, y obedeciendo nada más que á su buen corazón, acarició al pobre perro, y colocándole sobre el talego se le llevó á su buhardilla.

Magdalena, que quería mucho á su hijo, pero

que era algo brusca en sus maneras, riñó fuertemente á Angel por llevar á casa una boca más; sermón que Angel escuchó con humildad, hasta que su madre se hubo templado; y entonces, abriendo la boca el perro: «Vamos, mamá, la dijo con zalamería, no me riña usted más, si quiera por la consideración de lo que podrá comer esta boquita.»

Sonrióse Magdalena, y con un *tunantuelo*, siempre te sales con la tuya, el perro quedó instalado en la buhardilla y de la propiedad de Angel.

Loco éste de contento con su adquisición, los ratos que su madre ó el estudio no le ocupaban los consagró á lavarle, asearle y peinarle, logrando al poco tiempo poseer un falderito inglés de los más finos, de abundante y sedosa lana blanca, que por su extremada pequeñez é inteligencia hubiera sido el embeleso y el orgullo de una gran señora.

Inútil es decir que el perrillo era la sombra de Angel, y que tenía tanto cariño á su amo y tal instinto para agradarle, que se identificaba con él, y como suele decirse, le adivinaba los pensamientos.

Con tales disposiciones en su protegido, Angel se propuso convertir al pobre can abandonado en perro sábio y aristocrático, y para empezar dándole importancia, tuvo la ocurrencia de titularle con el picaresco nombre de Don Pepito.

Sabida la historia de los personajes que vamos á poner en acción, sólo falta añadir que en el centro del salón había preparado para los ejercicios de éstos un círculo de unos tres metros de diámetro cubierto con una alfombra carmesí, y á su alrededor colocados los espectadores.

En el centro de este círculo, y sentado gravemente sobre sus patas encima de un bordado cojín, Don Pepito, el principal héroe de la fiesta, había presenciado el reparto de premios con la misma prosopopeya y majestad que algunos calvos y sesudos señores asistentes al acto, mostrándose al parecer indiferente á las muchas expresiones de cordialidad y de cariño con que los compañeros de su amo le habían interpelado, fiados en su antiguo conocimiento y familiaridad de trato.

Por fin el bondadoso Director del colegio y organizador de aquella fiesta impuso silencio con un ademán amistoso, y con semblante risueño y agradable acento dirigió estas palabras al auditorio:

—El caballero Angel y su amigo Don Pepito van á tener la amabilidad de exhibirse á cumplir el compromiso que han contraído con este respetable público, esperando de la distinguida educación que á ambos distingue que han de saber hermanar en sus ejercicios el honesto recreo con la lección moral y provechosa.

De uno de los rincones del salón, y luciendo en el ojal de su raída, pero limpia americanilla, el premio de sobresaliente, apareció Angel en el círculo, encarnado como una cereza, pero contento y sonriente al observar las cariñosas miradas de sus compañeros.

En poco estuvo que la presencia del niño diera al traste con la cómica gravedad de Don Pepito; pero pudo al fin contenerse, no sin que

se percibiera un estremecimiento general en todo su cuerpo, y una mirada de inefable cariño y felicidad á su amo y protector.

Angel se aproximó al cojín que ocupaba su amigo, y alargándole la mano, éste extendió á su vez la suya al niño, saludándose los dos con este apretón y una mútua inclinación de cabeza.

—Señoras y señores — dijo Angel, dirigiéndose al auditorio con un acento que en algo participaba del de vendedor de específicos en las plazas — mi amigo D. Pepito, á quien tengo el honor de presentaros, no es, como podeis ver, uno de esos perros vulgares en sus formas y en sus instintos. Su presencia y su porte es el de un perro de calidad, quizá descendiente directo y oscurecido de una nobilísima raza, por lo que no espereis en él los ordinarios ejercicios de saltar por el aro, sostener la casa del pobre que se viene abajo, ni señalar la niña que sisa los terrones á su mamá; no, mi amigo, algo observador y hasta educador, quiere que sus trabajos sirvan de lección provechosa para todos, y con este objeto nos va á manifestar en caricatura la gran fealdad de algunos de los pecados capitales, enseñando á continuación de cada uno de ellos la virtud que les corrige y borra sus malos efectos.

Para una cosa reclamo la indulgencia del auditorio. Mi amigo es un actor bastante exagerado en sus maneras; cualquiera diría que ha sido cómico de la legua; por lo que espera le dispenseis esta falta, hija indudablemente de su dificultad para expresarse de otro modo, y de su afán porque todos comprendan la moral de sus ejercicios.

Una salva de aplausos acogió el discurso jocosero de Angel, y éste y D. Pepito, haciendo profundas inclinaciones de cabeza, dieron vuelta al círculo, concluyendo por colocarse en medio de él para principiar sus trabajos.

(Se continuará.)

CAYETANO COLLADO.

A UN AMIGO

EN LA MUERTE DE SU HIJA

¿Qué la esperaba aquí? De un sueño breve
el triste despertar;
dicha de un hora que el destino aleve
no puede ya turbar.

Era una flor de regalada esencia
que en tu jardín brotó,
ángel es hoy de paz y de inocencia
que al cielo se tomó.

No la lloreis porque en veloz huida
deja el paterno hogar;
¿quién sabe si en los mares de la vida
la víeráis naufragar?

¿Quién sabe si, marchita por el llanto
la nacarada tez,
perdiera á vuestros ojos el encanto
de su feliz niñez?

Alzad la frente á la suprema altura
y la vereis allí,
coronada de luz y de hermosura
dichosa... como aquí!

Tiende los brazos con amante anhelo,
suspira sin afán,
os ve, sonríe, y os señala el cielo,
donde los justos van.

MANUEL DEL PALACIO.

EL ECO



Se puede juzgar por el miedo que da á los chicos de los pueblos del temor que ocasionaría el eco á los hombres de las antiguas sociedades cuando no se tuvieran ideas claras de la producción de tan curioso fenómeno físico.

Cuántas pobres gentes habrán creído que el eco era la voz de duendes, de diablillos, ó por lo menos de misteriosos y burlones geniecillos, que se proponían divertirse á costa de la humanidad repitiendo incesantemente cuanto un individuo dijera, aunque á veces no se notaran más que las terminaciones.

Pero el espanto no podría producirse, por lo general, más que en los niños, porque los hombres ya habrían tenido ocasión de observar que no solamente se reproducen las palabras, sino también el rebuzno del borrico, el trueno, un ruido cualquiera de suficiente intensidad. ¿Y qué interés podría tener ningún espíritu, fuera cual fuera su categoría, en burlarse del borrico, del trueno ó del objeto que ocasionara el ruido? Y si la burla no cabe, todavía se comprende menos que se tratara de asustar al trueno ó á una detonación, etc., etc.

El eco no es duende, ni fantasma, ni alma en pena, ni genio malo ó bueno; es pura y simplemente un fenómeno físico, que consiste en la repetición clara de un sonido cualquiera.

Hay además otro fenómeno llamado resonancia, análogo al eco, y del cual se distingue en que la repetición del sonido no es clara, sino oscura.

Tanto el eco como la resonancia se explican fácilmente, con tal se posean algunos conocimientos acerca de la propagación del sonido. Cuando un sonido se produce en la atmósfera, se pone el aire en conmoción, formándose ondas esféricas al rededor del punto donde el sonido se produjo, y esas ondas son las que transmiten el sonido con una velocidad de 340 metros próximamente por segundo.

Si el aire encuentra algún obstáculo que le impida continuar su movimiento, retrocede, formándose otras ondas esféricas que van acercándose al punto de partida á medida que su tamaño aumenta y que devuelven el sonido que llevaban. El observador que esté junto al sitio donde se produjo el sonido, lo percibirá directamente una sola vez, y despues del retroceso ó reflexión, lo volverá á percibir una ó más veces. Si pasa tiempo sensible entre la percepción directa y la indirecta, y con un décimo de segundo es bastante, hay eco, y si no resonancia.

Teniendo en cuenta que el sonido recorre en un segundo 340 metros, en un décimo recorrerá 34; de modo que si el obstáculo donde se refleje el sonido está á 17 ó más metros de distancia, se reproducirá el eco, y si la distancia no llega á 17 metros, se producirá resonancia.

El eco puede repetir el sonido varias veces, y la resonancia muchas más. En el Museo de pinturas y esculturas de esta Corte hay un saloncito donde la resonancia es tal que repite el sonido hasta el punto de que si un individuo se pone en el centro y da una palmada, se origina prolongadísimo aplauso.

M. SANCHEZ BRUIL.

EL VIEJO LABRADOR Y EL JOVEN CIENTÍFICO

FÁBULA

En un cortijo humilde
Vivía un buen labriego
Robusto y avezado
Á lluvias en invierno,
Calores en estío,
Y á cuanto aborta el tiempo.
Tenía un poco tierra
Sembrada de centeno,
Tenía una ó dos vacas,
Tenía un gallinero,
Tenía un par de mulas,
Tenía un caballo,
Y no faltaba al hombre,
A nuestro buen labriego,
Lindando ya algo próximo
Con el cercano pueblo,
De pámpanos crecidos
Un tempranal majuelo.
Tranquilo disfrutaba,
Si no salones regios,
Ni trato de archiduque,
Ó duque por lo menos,
Una cabaña fresca,
Mas limpia que un espejo,
Frugal mesa, abundante
En postres de su huerto,
Y un ancho y oloroso
Cuanto mullido lecho.
Mas llega crudo un año;
Del temporal el viento
Unido con la piedra,
Arruina á nuestro viejo,
Que duda maldiciente
Hasta del mismo cielo.
Estaba incomodado,
De asaz ceñudo gesto,
Limpiando una mañana
Su reja y sus aperos,
Cuando á pasar acierta,
Sumido en pensamientos
Tan tristes como noche
De rayos y de truenos,
Un joven que, al mirarle,
Se pára, así diciendo:
«Hé aquí el hombre felice;
De buen grado su ejemplo
Tomara, y en el campo
Del mundo huyera lejos.»
Oyóle así expresarse
El labrador, y atento
Le dijo: «Si le gusta
El campo... venga presto
Y cambie su fortuna,
Sus libros e instrumentos,
Por mis mulas y arado,
Mi viña y mi centeno.»
Mírale conmovido
El joven, discurriendo
Si acepta ó si no acepta,
Y al fin le dijo: «Acepto;
Ire's hasta mi casa
En la ciudad, y haceos
Servir por mis criados:
Tomad un documento
Que firmo á vuestro nombre;
De posición cambiemos:
Sed vos, hombre del campo,
El hombre del ingenio,
El hombre de la ciencia;
Que yo, marchando el tiempo,
Seré, si Dios me ayuda,
Feliz, todo un labriego.»
El trato así firmado,

Hasta las ropas fueron
Cambiadas, y donoso
Estuvo nuestro viejo,
Tostado por los rayos
Ardientes de Febeo,
Vestido de levita,
De guantes y sombrero,
Como esos que la moda
Discurre de dos metros.
¿Creeis, niños queridos,
Pasó así mucho tiempo?
Pues no penseis tal cosa,
No sucedió por cierto.
Al joven de la ciencia
Las manos el apero
Destroza, ensangrentando
Sus delicados dedos.
Y en la ciudad al otro
Le silban con estrépito,
Le burlan, y por poco
Se vuelve loco el viejo.
*Jamás el mundo presta
Placeres ni contento
Al hombre que en él vive;
Pero es refrán añejo
Que preferirse debe,
Si ya lo conocemos,
Lo nuestro por sabido
Á lo ignorado ajeno.*

FÉLIX DE LEON Y OLALLA.

PARA LOS NIÑOS DE LOS JARDINES DE LA INFANCIA

(IMITACIÓN DEL ALEMÁN)

Hormiguita laboriosa,
dime pronto dónde vas.
Ese trabajo que empleas,
¿es de alguna utilidad?

—El grano que por el suelo
arrastro con tanto afán,
me permite en el invierno
el placer de descansar.

Niño hermoso, ve á la hormiga,
modelo de actividad,
trabajando con anhelo
mientras tú jugando estás.

Alegre pasas la infancia,
alegre, sin reparar
que ligera como el viento
la vejez se acercará.

Gana tiempo, niño tierno,
no estés en la ociosidad,
y aprovecha estos momentos,
que nunca más volverán.

El que de niño pretende
á la hormiguita imitar,
encontrará, á no dudarlo,
descanso en la ancianidad.

EUGENIO BARTOLOMÉ.

BALADA

Esas tumbas abiertas,
¿Qué es lo que aguardan?
Cuerpos que en las ciudades
Rien y cantan.
Y esas otras cubiertas,
¡Ay!... ¿Qué contienen?
Cuerpos que entre seis tablas
Tranquilos duermen.

FRANCISCO DE ARECHAVALA.

INDIVINIO EL NIÑO SAGUNTINO

(Continuación.)

Aníbal quedóse pensativo, anublóse su frente ante aquella especie de profecía, y su nervuda mano oprimió más de una vez la empuñadura de la espada durante las enérgicas frases de Alcón, y sus capitanes le contemplaban con asombro, y esperando la más ligera indicación para destrozar al atrevido saguntino. Alorco, durante esta enérgica entrevista, permanecía callado y como meditando algún plan.

— Yo me encargo, valeroso caudillo, de llevar á Sagunto tus proposiciones; quiero ver si soy más afortunado que Alcón; poco confío en mis fuerzas, mas la razón me asiste y nunca podré echarme en cara que por la cobardía de que semejantes proposiciones sean rechazadas por mis queridos saguntinos no las propusiera y evitara tal vez un inútil derramamiento de sangre, y la total ruina de la ya medio aniquilada ciudad. Si Alcón no quiere presentarse con tus bases lo haré yo, y quieran los dioses auxiliar mi débil voz para convencer á los sitiados y favorecer mis intenciones para conseguir una paz honrosa. Suspende en tanto el asedio, y demos tregua para que deliberen y comprendan el estado á que se ven reducidos.

— Descuida, Alorco, que la tregua se respetará por el día de mañana.

Alcón y Alorco salieron de la tienda del ambicioso africano, y se dirigieron á esperar la aurora del nuevo día en que iba á decidirse de una ú otra suerte la de Sagunto. Suerte que podría ser ó la inmortalidad con el sufrimiento, ó la deshonor y el olvido con la seducción.

VI

Envuelto entre pesadas nubes había salido el sol, y aún se escuchaba algún lejano trueno que con el sordo mugir del agitado Mediterráneo formaba un fatídico conjunto, que hacía aún más triste y más aterrador el desolado aspecto de la ciudad con sus aportillados muros, sus derruidos edificios y sepulcral silencio.

En aquella hora dirigíanse hacia ella los dos valerosos jóvenes Alorco y Alcón sin armas, y llevando en sus manos un ramo de olivo. Al verles llegar, los centinelas les dieron la voz de alto, y ellos se detuvieron hasta que pocos momentos después penetraban en las que fueron calles, y que hoy no eran ya sino montones de escombros humeantes, y entre los que asomaba ora una mano casi consumida ó un brazo, junto con un olor infecto y asfixiante. Alorco se dirigió á la plaza, y allí conferenció con Daumo, elocuente tribuno del pueblo saguntino, Mandovilio y otras personas notables, exponiéndoles el motivo que llevaba de hacer que aquella sangrienta contienda terminara.

Oyéronle con atención y benevolencia, y ansiosos esperaban saber cuáles condiciones eran las que imponía el sitiador. Convocóse al pueblo de Sagunto á la plaza pública, que no tardó en verse llena de mujeres, niños y ancianos, pues que los hombres en su mayor parte ocupaban los puestos en la muralla, bastando apenas para dar aquel servicio, aniquilada y

despoblada como se hallaba la ciudad por causa de la pestilencia y del hierro enemigo.

Con efecto, cerca del medio día los ancianos, entre los que encontramos á Mandovilio, Metisco, Hosto, Pholo, Galeso, Lido, Burio y Daumo, ocupaban sus asientos, viéndose pintado en sus enflaquecidos rostros el hambre que dominaba á los sitiados, y entre quienes de una manera más notable se manifestaba era en los niños, que con los ojos brillantes por la calentura extendían á todas partes sus flacas manecitas como en busca de un alimento que en su delirio creían ver. Las mujeres, pálidas, desencajadas y asomando sus huesos por las destrozadas vestiduras, señalaban su enfermo estado por el amoratado círculo de sus ojos y sus contraídas bocas, semejando más cadáveres que seres humanos.

Alorco no pudo menos de conmoverse ante aquel horrible espectáculo, y entonces comprendió lo triste y desagradable de su misión ante un pueblo tan valeroso como sufrido.

— Pueblo saguntino — dijo Daumo levantándose de su asiento y dirigiéndose á aquel tropel de hambrientos y calenturientos seres que apenas conservaban el humano aspecto. — Pueblo de Sagunto, te hemos llamado con objeto de que Alorco exponga ante vosotros todas las condiciones con que el sitiador se da por satisfecho, respetando en cambio nuestras vidas y nuestras mujeres. La resistencia hoy ya es inútil: Roma, nuestra traicionera aliada, nos deja sucumbir sin enviarnos ningún auxilio, ninguna esperanza, ¿qué hacer? Salvemos cuando menos nuestros lares, salvemos la honra de nuestras mujeres, pues que nadie podrá decir que ha faltado el valor después de ocho meses de asedio y de continuo combatir... hable Alorco y escuchemos las proposiciones; que, si hieren á nuestra honra, desde ahora soy el primero en rechazar como indignas de todo buen saguntino.

Alorco quedó meditabundo por unos momentos; comprendía que el sacrificio que se le iba á pedir era muy grande, y temía hasta proponer aquel insulto en medio del heroísmo.

— Ansioso de vuestra salvación, y deseoso de evitar un derramamiento de sangre tan inútil ya, como instigadora de nuevos odios, vengo á deciros que aún hay esperanza de salvar la vida siempre que aceptéis las condiciones del que hoy por desgracia puede imponerlas. Aníbal quiere la ciudad, si es que tal puede llamarse este montón de ruinas.

— Nunca, jamás — prorrumpieron en grito unánime las mujeres.

— Esperad — añadió Alorco — y os deja vuestros campos, señalándoos un punto en que podáis edificar una nueva ciudad. Pide además todo el oro y plata del Tesoro y particulares, y en cambio respetará vuestra mujeres y vuestros hijos.

— ¡La muerte antes que rendirnos! — ¡Jamás nos entregaremos á la fe del africano! — ¡Moriremos con nuestras ruinas antes que entregarnos á la salvaje consideración del africano!

— Considerad que vuestra muerte y ruina es segura en cuanto el enemigo pise vuestras calles.

— Si quiere nuestras riquezas — dijo abalanzándose al centro del Senado una mujer joven aún y hermosa — no las poseerá, pues que antes perezcan en el fuego. Pueblo saguntino: enciende una hoguera, y perezcan en ellas todas nuestras riquezas; que no halle el ladrón africano en que saciar su codicia ni la de sus infames soldados! Dulichia os dará el ejemplo.

— Sí, sí — gritó el pueblo entusiasmado. — Perezca todo antes que caer en manos del africano.

Pocos momentos habían transcurrido cuando una inmensa hoguera, lanzando estallidos y elevando sus chispas en dorados ramilletes, agitaba su negra cabellera de humo cual si quisiera flagelar al bárbaro Aníbal, que en su campamento contemplaba las rojizas llamas que se elevaban por encima de las casas. Dulichia se aproximó, y pocos momentos después se fundían en el seno de la hoguera sus inmensas alhajas. Su ejemplo fué seguido, y pronto la hoguera destruyó capitales acumulados tras largos años.

— ¿Mas qué consigues con ello, pueblo heroico? ¿Crees tú que Sagunto puede sostenerse cuando falta el pan para sus soldados, y son ya más los inútiles que los que sirven para llevar las armas?

— Eso no sucederá, Alorco — dijo presentándose en el Senado un joven, casi un niño, pálido, delgado y macilento, tanto que apenas podía sostenerse sobre sus débiles piernas. — Si los que no sirven para llevar las armas no tienen aplicación alguna, entónces esos, cual las riquezas, son inútiles.

— ¿Qué quieres decir con eso, Indivinio? — preguntó el honrado Daumo, encarándose con el niño.

— Quiero decir que lo que no sirve para defender ya estos aportillados muros se quita para no robar el alimento á los soldados, y así las mujeres, los niños y los enfermos debemos morir.

— ¿Qué dices, Indivinio? — preguntó su padre incorporándose en su asiento.

— Nada, padre mio, que la patria es antes que todo, y que los que no servimos para nada debemos perecer, cual yo en este momento lo hago: ¡patria mía, sálvete cuando ménos mi sacrificio!

Y rápido cual el relámpago, Indivinio apoya la empuñadura de su espada en el suelo y se arroja sobre ella.

El pueblo dió un grito de espanto, y se abalanzaron todos á evitarlo, mas fué tarde: Indivinio había caído atravesado su pecho, y sonriendo besó á su padre y á Ardovin, que llegaba en aquel momento.

— Padre, madre, antes la muerte que la esclavitud del africano; ¡sálvente los dioses, patria mia!

Indivinio espiró en brazos de Dulichia y Ardovin, que le había levantado:

— Venganza del africano — gritó Dulichia agitando la ensangrentada espada de Indivinio. — ¿Sereis capaces de la entrega, de la sumisión, cuando un niño nos enseña á morir?

(Se continuará.)

TIPOGRAFIA GUTENBERG
Á CARGO DE MANUEL SALAMANQUÉS
Villalar, 5.